

Los dos Adán

Por P. FERNANDO DE LA VEGA

Cualquier cristiano medianamente formado sabe que la palabra bíblica es como una roca que se golpea y que retumba arrojando chispas de luz al entendimiento y avance significativo de quien la escucha, lee o medita. Pero también es necesario saber la necesidad de interpretarse para su experiencia de vida.

La interpretación es un proceso que implica una operación de progreso desde un punto de partida definido —el texto— hacia un fin indefinido. No hay que confundirla con las explicaciones, notas y concordancias porque a diferencia de la explicación o el comentario, la interpretación es un intento de readaptar un texto escrito hace miles de años y que narra una situación o un acontecimiento concreto a un suceso o una circunstancia actual y vigente.

Explicación y comentario siguen el texto original paso a paso, lo descubren y explican a partir de su aspecto y de su forma y contenido, de su lenguaje y trasfondo histórico.

La interpretación, en cambio, se centra en el alma del texto, en su motivo conductor, en su propósito central, en su esencia y en su carácter principal. La interpretación presume que allí hay una capa escondida, que hay que descubrir y que no pocas veces está entre líneas.

La interpretación, en definitiva, busca lo que está implícito para hacerlo explícito sin traicionar el texto original, pero sacándole todo el fruto posible, porque esta es la única forma de comprender a Dios en la vida, en la realidad cotidiana, sea habitual o extraordinaria, de la vida humana. Interpretar es una manera de vivir a Dios, una manera de desarrollar y crecer en Dios a partir de la palabra de Dios.

Esto es lo que pretendemos al presentar los dos relatos de la creación y buscar qué es lo que hay detrás de estos textos, porque, efectivamente, las primeras líneas de la Biblia, el Libro del Génesis, relatan la obra de la creación, la acción de Dios en el tiempo y en el espacio y cualquier cristiano medianamente ilustrado sabe que no es un relato científico de los orígenes del mundo y de la humanidad. El texto bíblico del Génesis, refiere dos versiones de la creación del hombre: Génesis, 1, 26-27 y Génesis 2, 21-24.

Las razones de estos dos relatos se explican históricamente, como textos pertenecientes a dos escuelas de pensamiento, con distintos énfasis y recogidas en el libro sagrado. No nos interesa enfatizar en la doble tradición bíblica que hay detrás de estos dos relatos, sino interpretarlos a la luz de esa dualidad del ser humano que cualquiera de nosotros puede captar en sí mismo y en los demás, porque los relatos se refieren a dos Adán, a dos tipos de humanidad, a dos comportamientos diferentes ante el crecimiento humano y el desarrollo social. Los dos textos bíblicos exigen una lectura cuidadosa —una interpretación, no una explicación— y es lo que pretendemos hacer para determinar dos categorías tipológicas.



Adán y Eva, según un grabado de Durero (1504).

Repasemos ambos relatos. En Génesis 1 leemos: “Entonces Dios creó al hombre a su propia imagen, a imagen de Dios lo creó, los creó hombre y mujer. Y los bendijo Dios y les dijo: Sean fecundos y multiplíquense y llenen la tierra y sométanla, dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todo animal que serpea sobre la tierra.”

En Génesis 2 el relato difiere sustancialmente del que acabamos de leer: “Entonces Dios formó al hombre con polvo del suelo, y sopló en sus narices, aliento de vida y resultó el hombre un ser viviente. Y el Dios eterno, plantó un jardín al oriente, lo llamó Edén y puso allí al hombre que había formado.”

Dios fue extremadamente generoso al dotar al hombre de muchas capacidades y al bendecir al Adán del primer relato —Adán I— y darle la orden de someter la naturaleza, dirigió la atención del primer hombre a la función y los aspectos prácticos de su inteligencia, haciendo uso de la cual es capaz de lograr el control de la naturaleza. Adán I se interesa solamente en un aspecto de la realidad y formula sólo una pregunta: ¿Cómo funciona el cosmos? Y no le entusiasma otra pregunta: ¿Por qué funciona el cosmos?

De ahí que Adán I es agresivo, osado y de mentalidad de triunfo sobre las fuerzas del cosmos. Se compromete a fondo en trabajos creativos tratando de imitar a su Hacedor.

La representación más auténtica del Adán I es el científico, el técnico que observa en el mundo que lo rodea, el aspecto tangible, el color, el sonido, la temperatura, todo lo relacionado con el tacto, el gusto y el olfato, como únicos fenómenos accesibles mediante nuestros sentidos. En este mundo que observa y analiza Adán I no se busca tanto el por qué, como la forma de dominar y utilizar sus posibilidades respondiendo así al mandato inicial: “multiplica, domina, somete la naturaleza...”

Espacio Laical 3/2007

ESPACIO LAICAL

Adán I no es sólo un teórico creativo, sino que es, también, un creador esteta. Da forma a sus ideas con su mente y a la belleza con su corazón. Despliega creatividad en el mundo de la norma: legisla para sí mismo normas y leyes por cuanto una existencia digna es una existencia ordenada. Anarquía y dignidad se excluyen mutuamente.

Adán I es siempre un esteta comprometido en una realización ya sea intelectual o ética. Su conciencia está vigorizada no por la idea de lo bueno, sino por la de lo bello y útil. Su mente se ve interrogada no tanto por la verdad cuanto por lo agradable y funcional.

Adán II, el del segundo relato de la creación, al igual que Adán I, está intrigado por el cosmos. Una curiosidad intelectual conduce a ambos a confrontar valerosamente el misterio magno del ser. Pero mientras el cosmos provoca al primer Adán a la búsqueda de poder, control, dominio... llevándolo así a preguntarse por el "cómo" funcional, Adán II responde al llamado del cosmos comprometiéndose en un tipo diferente de acción cognoscitiva.

No se contenta con una simple pregunta funcional, sino que tiene otros intereses, quiere saber: ¿Por qué existe? ¿Quién es? ¿Cuál es el objeto de todo lo que acontece? ¿Cuál es el mensaje que se encuentra en la materia y a qué se debe el desafío que nos alcanza desde más allá de los bordes del universo y también desde lo profundo de nuestra alma atormentada?

Para responder a estas preguntas, Adán II no aplica el método funcional inventado por Adán I, no crea un mundo a su manera sino que quiere comprender el mundo tal cual es, en el que ha sido situado, en el que vive y dentro del cual ha sido arrojado. En consecuencia no busca leyes físicas o matemáticas que expliquen cómo funciona todo, sino que busca lo extraordinario y maravilloso en todos los acontecimientos ordinarios y en los fuera de lo común...

Mientras Adán I es dinámico y creativo transformando las cosas existentes, Adán II es receptivo y contempla el mundo en sus dimensiones originales. Busca la imagen de Dios no en las fórmulas matemáticas, sino en cada destello de luz, en cada flor, en la brisa de la mañana y en la serenidad del crepúsculo.

La esperanza y desafío de la vida contemporánea es la unión, la vinculación práctica de lo técnico y pragmático del Adán I con el compromiso nacido del pacto con Dios del Adán II. El resultado final sería el Adán de la acción y del compromiso con Dios, un Adán que sea capaz de implementar fe y acción, la profecía y la oración, las necesidades del mundo material sin olvidar las del espíritu.

El texto bíblico señala un camino para esta unión y complementación. Es un camino de ser y de ir. El primer paso lo da Dios al establecer una alianza en el monte Sinaí. (Éxodo 20), que es una comprensión recíproca de obligaciones y de unidad. Dios señala una manera de ser y de existir: los Diez Mandamientos y el pueblo se obliga a cumplirlos de acuerdo con la palabra y el mandato aceptados de Dios

Por eso no es sorprendente que el Libro del Éxodo, en su capítulo 20, narre la experiencia tremenda del encuentro con Dios en el Sinaí y la entrega de las Tablas de la Ley. Seguido de 19 capítulos consagrados a la construcción del Tabernáculo, la significación y amplitud de los sacrificios ofrecidos y al ejercicio de una vida interior tanto ritual como práctica.

Cuando se profundiza en esta experiencia de liberación, no se puede quedar el creyente sólo en la salida de Egipto y el encuentro del Sinaí, sino en las dos dimensiones que de ahí arrancan: de una parte el vivir a Dios como presencia en lo ritual y en la oración, la observancia del descanso sabático como preludio mesiánico y la observación de reglas de alimentación y decoro, además de establecer normas para las relaciones humanas.

De otra parte es el reconocimiento diario en oración y acción de Dios como asociado en la labor de redención. Ambas dimensiones, interioridad en la espiritualidad y exterioridad, compromiso con Dios en lo social, forman el carácter mismo de nuestros antepasados en la fe.

Estos capítulos, del 21 al 40 del Éxodo, tan importantes en la vida religiosa, no son tomados en cuenta en la explicación un tanto ideologizada de ciertas tendencias del pensamiento sobre la liberación, sino que el énfasis se pone en la liberación política, sin tomar en cuenta que el acto de liberación es un acontecimiento de totalidad, de integralidad de la persona humana.

Los otros 19 capítulos de espiritualidad diaria, que nos señalan como una persona y una comunidad quedan libres para crecer y desarrollarse, son pasados por alto.

De nuevo el Adán primero y el segundo quedan separados, al quedar separados dos mundos, el externo y el interno, mutilando la integridad del hombre y sobredimensionando sólo el aspecto externo, político y económico, y olvidando ese todo que representa la suma de los dos Adán.